

## **TEXTO DE LA INTERVENCION DE CARMELA GALVEZ EN LA CHARLA-COLOQUIO CELEBRADA EL 7 MARZO DE 2001, CON MOTIVO DEL DIA INTERNACIONAL DE LA MUJER, ORGANIZADA POR EL AREA DE POLITICAS DE IGUALDAD DEL AYUNTAMIENTO DE OSUNA**

---

Buenas tardes a todos, y gracias por vuestra asistencia y atención.

Os traigo un afectuoso saludo de las ciudadanas, socias y amigas de la organización que me honra presidir y que hoy no pueden estar aquí, porque viven en otros municipios, algunos muy lejanos.

Nosotras somos una organización cuyo ámbito territorial contempla toda Andalucía. Estamos tupiendo una red de mujeres y hombres que compartimos las mismas inquietudes, que estamos comprometidas con el futuro. Estos días cada una de nosotras, en su pueblo, estamos conmemorando el Día Internacional de las Mujeres del año 2002 y como todos los años, desde 1999, no dejamos pasar esta oportunidad para dedicar un espacio a las mujeres afganas.

Antes de empezar mi intervención, quiero agradecer a mi compañera y amiga **Setefilla Luque** su presencia entre nosotras y a **Piedad Luque**, concejala de este ayuntamiento, en particular, su invitación para que participemos en los actos que conmemoran este día, que para nosotras se convierte en una nueva oportunidad de estrechar lazos afectivos y solidarios con otras mujeres, que como nosotras, participan en el movimiento asociacionista femenino. Una de las formas más eficaces de contribuir a la construcción de una sociedad más justa, más igualitaria y más respetuosa con la diversidad.

Desde el principio en nuestra asociación nos planteamos incluir en nuestras actividades una campaña permanente de sensibilización en pro de los derechos de las mujeres en el mundo. De todas las mujeres.

Proponemos la ciudadanía plena para todos.

La ciudadanía como identidad universal en la sociedad multicultural que estamos construyendo, la ciudadanía como fundamento de la democracia, para que podamos ser cada cual como somos: católicos, islámicos budistas o ateos, todos somos ciudadanos.

La ciudadanía, que se asienta en tres pilares: Los derechos Políticos (el poder) Los Derechos Civiles (el trabajo) y los Derechos Sociales (la cultura) La Ciudadanía Plena, que aún esta por conseguirse incluso en los países occidentales. No podemos los hombres ni las mujeres, pensar que aquí ya está todo hecho.

Ni tampoco podemos dejar de mirar a otros mundos, a otras culturas, por lo menos las mujeres no podemos dejar de hacerlo, porque muchas, muchísimas veces, se subordinan los derechos de las mujeres a los dogmas, mitos y costumbres tradicionales; que por cierto han sido implantados por hombres, desde hace cientos de años, y podríamos extendernos en este punto, en la forma y modos en que luchan para mantenerlas vigentes. La cultura del patriarcado, todavía imperante en muchos rincones del planeta, y en muchas casas vecinas también, que considera a las mujeres como mulas de carga, como paridoras o simplemente el reposo del guerrero, cuando no una propiedad privada a la que se puede maltratar impunemente, como a esclavas.

Hoy, en occidente, hemos avanzado bastante. Los derechos políticos son indiscutibles, la igualdad legal ya la hemos obtenido, no hace mucho por cierto, y las condiciones socio-económicas y sociales nos permiten creer que el proceso es imparable, la igualdad real se puede vislumbrar. Y estamos en condiciones de ser solidarias. Porque una condición de la solidaridad, es que haya riqueza para que exista el intercambio.

Estamos en un momento histórico distinto a todas las experiencias de la humanidad, la globalización. Es una buena ocasión para entrar en ese espacio de oportunidades con propuestas solidarias. Y seguir denunciando permanentemente la violación de los derechos humanos, especialmente cuando esto sucede a las mujeres.

Es nuestro deber, de todos los hombres y mujeres, defender los derechos de la ciudadanía, defender la igualdad, en cualquier lugar del mundo. Porque mientras existan personas sometidas al terror, dominadas, discriminadas por razón de género, maltratadas, o explotadas sexualmente, sin escuela ni atención sanitaria, no podremos decir que hay igualdad. No podremos decir que somos una especie de hombres y mujeres equivalentes.

Mientras no consigamos una sociedad libre y solidaria no podemos dejar de intentarlo, como ya lo hicieron antes que nosotras las valientes sufragistas, las intelectuales feministas, las trabajadoras sindicalistas, hombres sabios e inteligentes y las mujeres luchadoras en general, que afrontaron antes que nosotras la responsabilidad de cambiar la sociedad. Mujeres gracias a las cuales hoy podemos estar aquí, hablando libremente.

Mujeres que han abierto una senda que tenemos que seguir ensanchando, para que todas vivamos una vida digna, para que el hecho de nacer en uno u otro sitio no suponga, como ocurre hoy en el siglo XXI, que unas sí y otras no, podamos disfrutar de nuestra individualidad y autonomía.

Presentamos el caso más extremo de la opresión que es el que han sufrido y sufren las mujeres afganas. Y también en ellas podemos tomar un ejemplo de la lucha organizada en redes, a través de las cuales han llegado a todo el mundo en su llamada silenciosa y hoy nadie desconoce las condiciones de vida que han padecido.

Es el principio de una nueva era para ellas, para todas. Pero tenemos que seguir ayudándolas, para que puedan levantar su país y restaurar la convivencia. Necesitan mucha ayuda.

Nosotras ofrecemos información en nuestra página web, y no voy a extenderme explicando la situación actual porque precisamente la coordinadora de las ayudas a las organizaciones de mujeres afganas está invitada a la Feria de las Mujeres de Sevilla, el día 15 y 16 en el Casino de la Exposición. Nos hablará personalmente una mujer afgana y desde aquí os invito a asistir a su conferencia.

Las muestras de solidaridad con ellas circulan por Internet en todos los idiomas, cientos de miles de personas hemos mostrado nuestra solidaridad, hemos hecho campañas de sensibilización que no alcanzaban a fuerza suficiente para acabar con los talibanes, ha sido su propio fanatismo terrorista el que ha acabado con ellos, pero no es suficiente. Hace falta ayuda humanitaria y la intervención política. Queda mucho por hacer.

No solo se les niega la ciudadanía a las mujeres afganas, también aquí, en España, tenemos una Ley de Extranjería excluyente, tenemos una ley de extranjería que convierte en delito ayudar al prójimo, que niega los derechos humanos a los inmigrantes, y que les niega sus derechos por carecer de un documento que es prácticamente imposible de obtener. Ni es necesario decir que las mujeres inmigrantes están aún peor que los hombres. Porque cualquier injusticia que se comete contra los seres humanos afecta doblemente a las mujeres, solo por eso, por haber nacido mujer.

Y con este panorama es urgente que ejerzamos la solidaridad y para ello lo primero que tenemos que considerar es en qué consiste.

Hay que considerar el principio de equidad, que quiere decir “justicia natural”, un principio, por cierto, no muy corriente en nuestro derecho, donde los jueces prefieren aplicar la norma estrictamente, y eso lo notamos cuando vemos las sentencias que reciben los maltratadores, los asesinos de mujeres, los que siembran el terror en sus propias casas y en su familia.

No podríamos hablar de solidaridad si no hay justicia. Sería otra cosa que puede confundirnos.

La solidaridad puede confundirse con otras actividades y otras virtudes, con la caridad, con la compasión, con el altruismo o la asistencia social, por ejemplo. Actividades y actitudes que tanto han paralizado la evolución de las mujeres y que han resultado en muchos casos nocivas, tanto para las receptoras de cuidados como para las cuidadoras, porque el asistencialismo no nos hace progresar. El asistencialismo es un remedio que podemos definir como “pan para hoy y hambre para mañana”

Por otra parte, la caridad requiere que existan seres desgraciados, mantiene la desigualdad como un hecho sin solución. Cuantas veces hemos escuchado la frase “siempre habrá ricos y pobres” en labios de personas responsables de los recursos materiales, no siempre bien merecidos o lícitamente obtenidos. La desigualdad que esta tremenda injusticia produce es paliada a menudo por el altruismo, necesario para cubrir las primeras necesidades, pero inútil para solucionar el problema.

Para que haya solidaridad entre los seres humanos es imprescindible que seamos equivalentes, en el sentido de iguales, de valer lo mismo. Que todos podamos ser solidarios entre todos, porque el que recibe solidaridad está en condiciones a su vez de ser solidario con otros.

Como dice **Marcela Lagarde**:

**“La solidaridad no se ejerce porque hay pobres, se ejerce para que no haya pobres”**

Equidad y Equivalencia. La solidaridad es política. Es una propuesta que permite el intercambio, el pacto, y crea grupo. Crea sociedad. Es un principio democrático.

Los valores en que se asienta la democracia son, libertad, igualdad y fraternidad, que se proclamaron en la Revolución Francesa, en los tiempos de exaltación de la ciudadanía, de la que por cierto fuimos excluidas también. Nos relegaron al mundo de lo privado, a nuestras casas, sin reconocimiento de derechos.

Más tarde el término “fraternidad” fue sustituido por el de solidaridad, por ser este más universal, ya que la palabra fraternidad por su raíz remite a los hombres exclusivamente, a los hermanos. Fueron mujeres las que introdujeron el término solidaridad en el lenguaje político y sin embargo las mujeres no estamos todavía acostumbradas a ella, porque implica intercambio, reciprocidad y nos han educado en el altruismo, la caridad, la ayuda desinteresada y la abnegación como valores femeninos.

Es urgente que el colectivo completo de las mujeres asuma la solidaridad como una necesidad. Por razones de supervivencia, sin confundirnos, porque la solidaridad es igualitaria. No contempla la jerarquía, ser solidario con otro implica ser iguales y también es una virtud afectuosa.

La solidaridad es una propuesta política moderna, que pretende cambiar la sociedad, transformarla en algo sólido que permita a los humanos unirnos en objetivos comunes, una sociedad de seres equivalentes, respetuosa con la diversidad.

Si practicamos la solidaridad podremos hacer cambiar las cosas. Ahora que todavía estamos empezando las mujeres a incorporarnos a los centros de decisión debíamos hacer de la solidaridad el método. Ahora que como grupo emergente gozamos de credibilidad tenemos que poner en práctica la solidaridad. Hay expectativas ante el cambio que se producirá en la sociedad con nuestra incorporación activa y responsable.

Pero insisto, la solidaridad entendida como derechos y obligaciones compartidos por las partes, porque tenemos que evitar esa costumbre que hace a las mujeres practicar conductas altruistas, y sobre todo con los varones, sin objetivos personales, ni siquiera con un propósito de transformación de la sociedad.

La solidaridad entre mujeres es imprescindible si queremos lograr algo, tanto individual como colectivamente. Es imprescindible para que ganemos el respeto de nuestro tiempo, de nuestro espacio.

Sería totalmente distinta la vida de las mujeres si fuésemos solidarias. No tienen explicación las penalidades a las que son sometidas muchas mujeres si no es por la insolidaridad de sus congéneres. Ni harenes, ni malos tratos, ni prostitución, etc... serían posibles si todas las mujeres solidariamente reprobáramos públicamente las conductas que atentan contra nosotras

La solidaridad está por encima de las antipatías personales, y no necesariamente incluye la amistad. Es un pacto, un hecho voluntario.

Por último, propongo que nos unamos en un pacto entre mujeres, al que proponen mujeres sabias como **Amelia Valcárcel**, o **María Zambrano**, el pacto del silencio, para no criticarnos entre nosotras, para no echarnos leña encima y menos todavía juzgar las acciones de otras mujeres, a no ser que sean auténticos atentados a la libertad, porque todavía es corto el camino andado, y es frágil. Todavía es necesario que más mujeres se incorporen a los centros de poder, hasta que sea natural la participación paritaria. Que no sea tan duro para las mujeres participar en las decisiones que atañen al futuro de la sociedad, al futuro de nuestros hijos.

Todavía se juzgan nuestras actividades con la famosa frase “Son cosas de mujeres”, sin ni siquiera cuestionar las diferencias que entre nosotras mismas existen, como seres humanas. Ni siquiera, a veces, importa lo que hacemos. Y permanecemos invisibles, como las afganas.

Y por último, tenemos que saber que la “**solidaridad añade valor a las personas, tanto a quien la practica como a quien la recibe**”, como nos decía **Felipe González** en el Seminario “La Globalización y sus efectos previsibles” que celebramos el año pasado.

Gracias a todos por vuestra atención y os pido un aplauso solidario para las mujeres afganas.